

La búsqueda inexistente de un modelo mexicano de doctorado

*Luis Porter**

Artículo publicado en *Educación Superior*. Boletín bimestral del Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades de la Universidad Autónoma de México. Año 2, núm. 12, enero-febrero de 2003, páginas 9-11.

Frente a la proliferación de programas de posgrado en las universidades de México, el hecho de ser o no ser doctor se ha convertido en un tema muy discutido en el ámbito de la educación superior. Hay otras razones que lo sitúan en primera plana: desde las que se derivan de las políticas de excelencia donde el título de doctor es principal unidad de medida, pasando por las que surgen del carácter nobiliario que el título concede, hasta llegar al problema de la concepción misma del doctorado en ciencias sociales en México.

El tema tiene múltiples facetas. Una de ellas es el hecho de que no es lo mismo “ser doctor” en México, que serlo en los países del primer mundo de quienes tendemos a tomar ejemplo. Los principales promotores de las nuevas políticas de la educación superior en México, donde ser doctor es tomado como uno de los principales indicadores de “calidad”, sin duda se educaron en doctorados del primer mundo. Sus políticas, por ende, tienden a utilizar como referencia una realidad distinta y distante, haciendo caso omiso de la nuestra. Se da por hecho un modelo sin intentar reflexionar sobre posibles alternativas que

deberían surgir de nuestras necesidades y posibilidades locales. El propósito implicaría redefinir el concepto de “calidad” o de “excelencia” medidos con varas nuestras y no con báculos ajenos.

Las agencias nacionales que definen estas políticas (ANUIES, SESIC, CONACYT, etc.) conciben y evalúan el posgrado reeditando el criterio de que así como no hay mayor diferencia entre una universidad pública en Chihuahua de una en Chiapas, tampoco la hay entre universidades del primer mundo y México. La excelencia, parecen pensar, es universal. Adoptan así estándares alejados de la tradicional sencillez mexicana, donde la categoría de “*regularcito*” define mucho mejor el nivel al que la educación superior del país humildemente debiera aspirar, sin tantas fantasías.

¿Qué tipo de programa caracteriza al modelo de doctorado primer-mundista? Los que han pasado por aquellos “verdaderos” doctorados saben que se componen de una buena dosis de cursos (obligatorios y opcionales), alrededor de veinticuatro, que a cuatro por semestre equivalen a tres años académicos, más la tesis, precedida de

otros requisitos calificadores. Un programa de este tipo no puede realizarse en menos de cuatro años, y si le agregamos el trabajo de campo, será de cinco. Tanto en este modelo como en sus intentos de réplicas locales, los estudiantes transcurren por los cursos sin mayor problema, porque es para lo que se han entrenado desde la primaria. Cuando llega la elaboración de la tesis, que es la hora de la verdad, el proceso tiende a congelarse, de allí que sea tan común el infratítulo de “cumplió todos los requisitos menos la tesis”. Esto ocurre porque durante la elaboración de la tesis el candidato se queda prácticamente solo frente a su tema ya su tutor, quien en el mejor de los casos lo guiará dentro de una relación que generalmente se caracteriza por su ambigüedad y falta de definición de derechos y obligaciones. Lo mismo ocurre con el proyecto de tesis, que rara vez llega a estar lo suficientemente explícito por parte del programa doctoral y cuando lo está corresponde a una versión arcaica de un proyecto primermundista. Las relaciones entre los actores del doctorado tienden a ser poco democráticas, ahondando la falta de conciencia del estudiante en cuanto a lo que puede exigir de su programa y de su tutor así como de lo que se compromete a dar. Agreguemos al ceremonial y los rituales medievales con que en nombre del “rigor metodológico” y en la nostalgia de un pasado francés, inglés o estadounidense, los profesores y sus autoridades someten al estudiante, sin saber o hacer caso al hecho de que hoy en esos mismos países, el advenimiento y el avance de los nuevos métodos cualitativos de investigación apoyados cada vez más en lenguajes artísticos ya su vez en las nuevas tecnologías, han abierto nuevas

formas de acceder al conocimiento y derivar de ahí la elaboración y presentación de la tesis. Si estos artífices de la emulación regresaran a sus doctorados de origen les angustiaría profundamente descubrir que la forma en que se educaron, aquél concepto basado en un texto lineal escrito dividido en capítulos, (antecedentes, preguntas, hipótesis, objetivos, marcos teóricos, método y bibliografía) es visto como un gastado criterio mecanicista que hoy se reconoce como inadecuado ante las nuevas formas de conceptualizar y producir conocimiento.

Dentro de estas contradicciones y ambigüedades han surgido y siguen surgiendo en México, múltiples tipos de doctorados que podríamos agrupar en diversas categorías, sin lograr agotarlas, de acuerdo con la siguiente clasificación:

- Doctorados de paso: virtuales o por correspondencia, de fin de semana, de cotillón y pacotilla, *fast track o express*.
- Doctorados temporales endógenos o incestuosos diseñados exclusivamente para doctorar a los investigadores sin grado de la propia institución
- Doctorados pretenciosos, que reconocen estar seriamente dedicados a emular la excelencia de los doctorados del primer mundo o que no reconocen que están seriamente dedicados a emular la excelencia de los doctorados del primer mundo
- Doctorados para funcionarios y gente madura, para que hombres de larga trayectoria se auto otorguen el

doctorado “honoris causa” que el destino les ha negado, para que mujeres liberadas de hijos y esposos, logren superar sus años de ama de casa

- Doctorados misceláneos, habitados por peregrinos de todos los estados, ávidos de status en el padrón CONACYT y otros programas que garantizan becas y liberaciones, cuya puesta en escena incluye muchos de los elementos que inspiran e ilustran este artículo.

Sin embargo en esta amplia gama, no aparece ningún doctorado que explícitamente declare estar buscando un “modelo de doctorado mexicano” con conciencia de los recursos y carencias, modalidades, condiciones demográficas, de perfiles de profesorado, de perfiles de estudiantado, etc. que refleje la realidad local con creatividad local. Es verdad que no existe ningún estímulo para que ello ocurra. Nadie parece estar pensando en la importancia de que los actuales rituales donde los sacerdotes del saber se solazan, sean substituidos por proyectos de superación académica nacidos de formas auténticas de estudiar e investigar en México, que podrán tener o no similitudes con las de otros países, pero que no parten de imitarlos.

Si las universidades públicas mexicanas se encuentran luchando por complementar la docencia con la investigación y dejar de ser simples agencias certificadoras, el posgrado es uno de los caminos a seguir. Sería mejor que en este camino lo excepcional se situara en el largo plazo, y se dieran los pasos inmediatos buscando una “calidad”

que se encuentre a la mano. Si el posgrado surge como fruto de estos dilemas, como resultado de un auténtico esfuerzo por lograr lo “regular” que no es tan malo, se podrá aspirar a la excelencia, pero no a aquella de connotaciones empresariales, sino la que responde al concepto de “destacar” que su etimología indica.

La idea de doctorado en México sería más efectiva y viable si proviniera de diseños que responden a las pautas de desarrollo del conocimiento de un país todavía enraizado en el tercer mundo, que se asume como tal y evita crear ficciones, programas de simulación, muchas veces aceptados como parte de los espejismos con que queremos disfrazar nuestra difícil realidad presente. Es muy posible que nuestros doctorados tengan modalidades muy diferentes al modelo de los países industrializados. Es muy posible que en vista de la falta de recursos: humanos, materiales y demás, haya que concentrarse en idear programas interinstitucionales, flexibles, donde el tutor forme parte de equipos trabajando con los estudiantes en sesiones mucho más intensas que lo que fueron los cursos. Es posible también que haya que idear otras maneras de institucionalizar la experiencia y las múltiples formas alternativas de acopio de conocimiento y de acceso a bibliografías, información y apoyo (en lugar de pasar por tres años de cursos o de exigir por delante un proyecto de investigación). Será necesario echar mano de los recursos regionales, (redefiniendo este concepto como “región académica”, liberándola de la geografía), haciendo eficiente uso de las potencialidades de la informática y de nuestra histórica y cultural capacidad de armar redes de so-

brevivencia y apoyo mutuo.

La idea es crear una cultura del doctorado producto de las prácticas creativas y originales de nuestro país y no de las prácticas de copia ajustadas a lo nacional. Para ello es necesario ubicar con mayor precisión la cultura del posgrado, sus fines y significados, los imaginarios y los participantes en los doctorados y su sentido dentro de un proyecto de educación superior que supere las alucinaciones del ANUIES, CONACYT, SESIC y aterricen en lo más pedestre de nuestra realidad. Por ejemplo, pensemos como condición del nuevo modelo la de superar a lo largo y ancho del país al “invitado del DF”, superando así la perspectiva centralizada que ubica al “saber” en la capital. Si analizamos la situación veremos que en el caso de los invitados, se esconde una lógica financiero administrativa reveladora. En realidad, la institución que realmente sufraga la visita de doctores a los doctorados nacionales, es la capitalina donde el profesor tiene su plaza. Su salario le permite aceptar los magros honorarios complementarios que la provincia ofrece al que se suma el estímulo no explícito de disfrutar del tradicional buen trato que recibirá en el sitio de destino. Aceptará vivir las múltiples y contradictorias facetas que componen la visita: la bienvenida en el aeropuerto y el traslado en la amplia camioneta Van (entre otros productos del Fomes), el registro en el hotel de cinco estrellas y las invitaciones a restaurantes donde elogiará repetidamente las bondades de la cocina provinciana. Se someterá a horarios maratónicos azucarados con el papel de gurú o mesías que le harán sentir que juega. Regresará con un hato de dulces

y artesanías, convencido que su presencia fue aportadora y soslayará el hecho de que en la región existen otros profesores o profesoras que podrían ocupar ese sitio con un nivel similar o superior, sin percibir que la institución anfitriona aprovecha una laxa relación tanto académica como laboral ventajosa para ellos y desventajosa para el conocimiento local. El invitado regresará a ese y otros programas estatales una y otra vez, emulando al Fray de Salamanca, en una constante reedición del “como decíamos ayer” que estimulará su ego y le ayudará a conciliar el cúmulo de ambivalencias que la provincia le produce.

México llegará a tener doctorados de calidad, valiosos, cuando estén pensados por y para su gente, haciendo caso omiso de los modelos que nos ofrecen para nuestra envidia y asombro otras realidades y reconociendo nuestras particulares capacidades y formas de conocer. No olvidemos que la gente que hoy habita y habitará nuestro posgrado no es esa élite que logró cumplir con los requisitos europeos o estadounidenses, sino esos licenciados que se quedaron aquí y aspiran a superarse y contribuir a ser “nosotros”, lo mejor de nosotros, y no una mala copia de “ellos”, los otros, los de allá lejos que ni siquiera conoce ni es capaz de imaginar. La tarea es apasionante porque implica escudriñar y cuestionar lo extranjero que damos por bueno e inventar lo propio que deberá ser tan bueno o mejor. Nuestro vínculo con el resto del mundo debe servirnos no para imitar, sino para crear, aunque para ello haya que romper mundos, concepciones, códigos y lenguajes. Por eso es tan importante desmitificar el doctorado, sus procesos formales, sus

concepciones científicas, la concentración de la arrogancia y el falso rigor, el peso del credencialismo y al hacerlo per-

donarnos y perdonarles a los estudiantes un poco la vida.

* Profesor-Investigador de la UAM-Xochimilco. Es uno de los coordinadores del Programa de Investigaciones en Educación Superior del Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades de la UNAM, y miembro del Consejo Asesor de esta publicación. Está próximo a aparecer su libro *La universidad de papel: ensayos sobre la educación superior en México*.